

ACABEMOS CON EL FRACASO ESCOLAR



Por
FERNANDO PARIENTE

«Casi todos los niños (95%) son capaces de aprender todo lo que la escuela debe enseñar»,
Benjamín S. Bloom

«Si es Vd. capaz de convencerse para ensayar estas ideas en su escuela durante el breve período de tres meses, podrá Vd. constatar su valor y sus limitaciones en su propio terreno: la clase, con profesores y alumnos. Y lo que es todavía más importante, espero que esta concepción de la educación y del enorme potencial de posibilidades de alumnos y escuelas le animará para hacer todo lo posible hasta convertir en realidad el sueño de una educación nueva en lo que queda de siglo.»

ASI comienza Benjamín S. Bloom un importante artículo sobre educación publicado recientemente.

Benjamín S. Bloom es uno de los hombres más notables en educación de los tiempos actuales; nadie que tenga relación con este campo puede desconocer sus aportaciones en materia de evaluación del aprendizaje. La taxonomía de objetivos creada por él es una extraordinaria disección del proceso del conocimiento humano y un instrumento renovador de la enseñanza, del que todavía no se han sacado todas las consecuencias previsibles.

Sin embargo en 1976, con la publicación de su nuevo libro *Human Characteristics and School Learning* abre todavía nuevas perspectivas a la reflexión sobre la función escolar, sus métodos y sus posibilidades. Las ideas expuestas en la obra se recopilan brevemente en el artículo que citaba al principio y que me parece muy oportuno presentar, al menos en sus ideas más importantes, como tema de este mes.

Casi todos los niños...

COMIENZA Bloom afirmando que ningún país del mundo gasta en educación lo que los Estados Unidos gastan; cita la increíble cifra de la sexta parte del producto nacional bruto (Centro Nacional de estadísticas educativas, 1976) y

deduce de ahí que para mejorar los resultados, medidos en nivel de aprendizaje real de los niños, el problema fundamental no está en la falta de soporte financiero, ni siquiera en la necesidad de grandes cambios y reformas; donde está el núcleo de la cuestión es en nuestra concepción de los niños y de su proceso de aprendizaje y nada cambiará en realidad mientras nosotros no cambiemos nuestros puntos de vista fundamentales.

Decían nuestros abuelos que «la letra con sangre entra», y lo decían porque la frase reflejaba el sistema que practicaban y que les daba algún tipo de resultado. La justificación teórica venía después de la práctica. Por eso el cambio, dice Bloom, no puede producirse más que siguiendo el mismo camino. No hay que ofrecer tanto teorías como una práctica que lleve a resultados mejores. Si el profesor y el alumno experimentan un sistema diferente con éxito, inmediatamente cambiarán su punto de vista.

Por eso, las ideas básicas del libro de Bloom no tienen nada que ver con teorías abstractas, ni con la fe. «Se fundamentan en evidencias fácilmente observables y comprobables en la mayor parte de las aulas del mundo».

«Yo encuentro que muchas de las diferencias individuales que se producen en el ritmo de aprendizaje son accidentes y consecuencias de humanos errores más bien que características intrínsecas de las personas. La conclusión más importante de todos mis trabajos e investigaciones es que lo que cualquier persona puede aprender, puede también ser aprendido por casi todas las demás personas, con tal de que se faciliten condiciones adecuadas antes y durante el proceso de aprendizaje».

Esta tajante afirmación inicial de Bloom, que contradice abiertamente los resultados de muchas de nuestras clases y de bastantes de nuestros niños, está matizada con un «casi todas pueden» que explica y detalla a continuación.

«Existen algunos individuos, aquejados de dificultades tanto emocionales, como físicas, que aparecen como excepciones de esta generalización (quizá lleguen al 2 o al 3 por ciento de la población). Por el lado contrario, existe también un porcentaje del uno al dos por ciento de individuos con una capacidad

tal de aprendizaje que constituyen una excepción a la teoría. Por tanto, lo dicho puede aplicarse a una media del 95 % de la población en edad escolar».

Lo cual quiere decir que las posibilidades de éxito son reales en el 95% de los niños.

Si esto es así, ¿por qué se producen entonces tantos descalabros?

Niños listos y niños torpes

BLOOM observa que el problema tiene que ver a menudo con los clichés con los que funcionan los sistemas educativos y con sus objetivos. Algunos piensan que los niños se dividen en más inteligentes (listos) y menos inteligentes (tontos); piensan incluso que esas diferencias se pueden establecer con cierta seguridad aplicando tests y estudios psicológicos, y creen que los más inteligentes están dotados para asimilar las ideas más abstractas y complejas, mientras que los menos inteligentes tendrán que resignarse con las ideas más concretas.

La capacidad intelectual es considerada además como algo estable, como un rasgo permanente del individuo que no varía durante su vida. Así que el nivel de inteligencia, que se detecta bastante pronto en la escuela, se considera que acompañará a los niños durante el resto de su vida.

En este supuesto la enseñanza podría hacer muy poco con respecto a la capacidad de aprender. Algunos la tienen y otros no, las causas no podrían buscarse en la escuela... habría que echarle la culpa a la herencia genética, al medio ambiente familiar o a la mala suerte.

De estas ideas proviene la concepción del papel de la escuela como filtro selectivo que rechaza a los tontos y estimula a los listos.

Muchos sistemas escolares se fundamentan sobre estas convicciones, con los resultados económicos y sociales que se pueden fácilmente prever.

Niños rápidos y niños lentos

PERO también Bloom observa que hay quien clasifica a los niños en rápidos y lentos y ha llegado a establecer que muchos alumnos podrían alcanzar niveles altos de aprendizaje si cada uno pudiera disponer del tiempo real que necesita y en el momento en el que lo necesita. Es ya un avance.

Dicho de otro modo: cuando se explique un mismo tema a todos los alumnos y todos cuenten con el mismo tiempo para asimilarlo, los resultados de aprendizaje serán dispares; sin embargo, si la instrucción y el tiempo se adaptaran a la necesidad de cada uno, casi todos llegarían a un nivel alto de resultados.

Bloom afirma haber realizado numerosas experiencias que prueban la verdad de lo que dice y que los niños lentos llegan a asimilar ideas complejas y abstractas de igual manera y con la misma profundidad que los rápidos simplemente necesitan más tiempo y más ayuda.

Las condiciones que cada uno necesita

DE estas ideas partió el pedagogo americano para realizar con sus discípulos una investigación que ha durado toda la última década y que le ha llevado a sentar un principio que va bastante más lejos: «la mayor parte de los alumnos son muy parecidos en lo que concierne a su habilidad para aprender, nivel de aprendizaje y motivación para seguir aprendiendo con tal de que se les faciliten las condiciones favorables». Su afirmación supera las dos clasificaciones anteriores: no hay niños listos y niños torpes; ni siquiera niños rápidos y niños lentos... lo que hay son condiciones favorables y condiciones adversas para aprender.

Lo que demuestra también la investigación es que los niños que se enfrentan con situaciones y condiciones desfavorables evolucionan progresivamente de modo negativo por lo que se refiere a su capacidad de apren-

der, a sus resultados y a la motivación para continuar estudiando. Es decir, que como las cosas empiezan a ir mal, cada vez irán peor.

Una ayuda adecuada de un profesor fuera del horario escolar puede facilitar al niño esas condiciones favorables de aprendizaje. La experimentación realizada por el equipo de Bloom demuestra que, aunque al principio los niños muestran una lentitud de aprendizaje semejante a la que demuestran al desenvolverse normalmente en las clases colectivas, sin embargo la experiencia repetida de los primeros éxitos va contribuyendo a la desaparición progresiva de las dificultades y va manteniendo los resultados positivos de aprendizaje cada vez con menos ayuda.

Esto demuestra que la condición de rapidez o lentitud en el aprendizaje son alterables y que dependen de las condiciones escolares.

Sin embargo nos olvidamos con frecuencia de este aspecto. La escuela enseña cosas, pero no enseña a aprender; atiborramos de programas a los niños; pero no tenemos tiempo de enseñarles a estudiar, de conseguir que mejoren su capacidad de aprender.

Muchas veces y en muchos casos se necesita rodear a un niño de un ambiente y unas ayudas muy especiales durante alguna etapa determinada de su aprendizaje escolar, pero si se supera con éxito esta etapa la situación es transitoria y podrá volver a coger el ritmo de aprendizaje normal. El problema está en que hoy por hoy abundan más los naufragios que los éxitos, durante esta etapa.

La organización escolar

PARA conseguir establecer las condiciones favorables de aprendizaje se necesita introducir modificaciones en el sistema escolar actual. No sirve la división del tiempo escolar en horas de clase repartidas entre las distintas materias de cada curso... y se acabó.

Bloom propone una estrategia organizativa más flexible: en ella las clases grupales serían complementadas por el proceso de recuperación y la ayuda individualizada que cada alumno necesitara. Evidentemente eso supo-

ne, por una parte, un número más abundante de profesores y, por otra, concebir que la escuela no se cierra cuando se terminan las clases normales, sino que además se programa, se coordina y se evalúa la ayuda personal que ha de recibir cada alumno que la necesita. Bloom afirma que realmente cuando todo este proceso se realiza y se controla seriamente, todos los alumnos llegan a superar sus dificultades eventuales y terminan por incorporarse a la marcha normal de las clases.

Sin embargo, con la estructura escolar actual el profesor no puede facilitar esa ayuda individual requerida por casi todos los alumnos en algún momento de su vida. Tampoco debe ser él, en principio, la persona encargada de esa misión; la responsabilidad fundamental del profesor es, en primer lugar, la clase grupal.

Es la organización escolar quien debe ofrecer después ayudas suplementarias tales como alumnos universitarios en período de formación, o incluso grupos de alumnos aventajados que todavía siguen en el centro.

Algo parecido existe ya en nuestro país, pero de forma incidental y poco organizada. Lo que llamamos clases particulares es un invento de siempre y funciona con resultados más o menos satisfactorios. Sin embargo, se trata de un proceso un tanto vergonzante, medio oculto, que normalmente nace y se desarrolla lejos del centro escolar. Se pierde por lo tanto la mayor parte de la eficacia por falta de coordinación y planificación. Son guerrillas esporádicas en lugar de planes eficaces de ataque, y, en general, adolecen de muchos defectos.

La ayuda individual al niño que propone Bloom debe ser una ayuda institucionalizada por la propia escuela que tiene que articular su vida de tal manera que se haga posible en la realidad tanto la atención al grupo como la atención personal e individual al niño que lo necesita. La escuela debe admitir en su propio seno la terapia de cuantas incidencias ocurran en el desarrollo del aprendizaje de los alumnos; no puede limitarse a decir: «este es el listón; el que lo salte, adelante, y los demás que solucionen sus problemas fuera de aquí».

Tampoco puede limitarse nuestra escuela a solucionar las cosas meramente sobre el papel, como hizo hace ahora diez años la Ley

Villar Palasí. Del hecho de establecer el sistema de evaluación continua y el proceso paralelo de la recuperación, no se siguió otra cosa que la concientización del profesorado. La estructura escolar no se modificó de ninguna manera y por tanto el proceso de recuperación de los alumnos es casi imposible y es, desde luego, utópico que se pueda llevar a cabo dentro de los centros si éstos no se modifican.

Hogar y escuela

DESDE luego que no toda la responsabilidad es de la escuela y que, incluso en el caso hipotético de que existiera una adecuada organización que pudiera atender al individuo como individuo, la familia tiene también un importante papel que desempeñar. Bloom acaba el artículo diciendo:

«El hogar puede resultar una ayuda extraordinariamente importante para la escuela, si los profesores quieren eficazmente que sea así. Para ello se necesitan reuniones periódicas con ellos, evaluaciones minuciosas del avance de los niños realizadas conjuntamente, información sobre el tipo de ayuda y estímulo que cada niño necesita y sugerencias sobre ejercicios específicos de aprendizaje. Las condiciones favorables de aprendizaje en ambos sitios, en el hogar y en la escuela, constituyen el ambiente ideal para que un alumno tenga éxito.»